

# Blas de Otero Ancia



prólogo de Dámaso Alonso

Lectulandia

Tras unas obras primerizas, Otero publica *Ángel fieramente humano*; (1950) y *Redoble de conciencia*; (1951); luego, reunidos en un solo volumen, con 38 poemas más: *Ancia*; (1958), "palabra" formada por la primera sílaba del primer título y la última sílaba del segundo, con la que obtendría el Premio Fasternrath de la Real Academia Española en 1961.

Se trata de una poesía desarraigada, expresión del "yo" con sus angustias existenciales. Es, ante todo, una poesía "metafísica", es decir, dedicada a inquirir sobre el sentido del hombre y del mundo.

Contiene poemas religiosos, pero dirigidos a un Dios a la vez anhelado e incomprensible al que lanza súplicas sin obtener respuesta. Hay también poemas amorosos, impregnados de la misma sed de Absoluto. Y hay, en fin, un primer acercamiento al "nosotros", a los sufrimientos de los demás hombres; así, en poemas como "Crecida", "Encuesta", "Canto primero"...

Predominan en esta etapa las formas clásicas: Blas de Otero se revela, en particular, como espléndido sonetista. Ensayó también el verso libre. Su densidad estilística es ya asombrosa. Y se perciben, entre otras, las influencias de los Salmos, de Quevedo o de Unamuno.

*Ancia*; fue un grito de alerta en medio de la desolación de ambas postguerras. Dámaso Alonso, en el estudio que en 1952 dedicó a estos libros dice: "Otero es quien con más lucidez que nadie ha expresado (...) los datos esenciales del desarraigo. De ahí es donde brota todo este canto frenético y a jirones." Poesía del hombre frente a la muerte y el vacío, pero también poesía del amor y de la esperanza. "Escribo con el cuello llameante", dice Blas de Otero en uno de los poemas de *Ancia*; pero también: "Me estás hiriendo con unas alas tan frágiles", dirigido al recuerdo de una mujer. Blas de Otero cuida extraordinariamente la forma en su verso. En *Ancia*; están muchos de sus sonetos más conocidos por su perfección. Sirva de homenaje a su memoria.

**Lectulandia**

Blas de Otero

**Ancia**

ePub r1.0  
Smoit 02.03.14

Título original: *Ancia*  
Blas de Otero, 1958  
Diseño de portada: Maki

Editor digital: Smoit  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

*Para otros, el mundo nos es un caos una angustia, y la poesía una frenética búsqueda de ordenación y de ancla. Sí, otros estamos muy lejos de toda armonía y de toda serenidad. Hemos vuelto los ojos en torno y hemos sentido como una monstruosa, una indescifrable apariencia, rodeada, sitiada por otras apariencias, tan incomprensibles, tan feroces, quizá tan desgraciadas como nosotros mismos: «monstruo entre monstruos» o nos hemos visto cadáveres entre millones de cadáveres vivientes, pudriéndose todos, inmenso montón, para mantillo de no sabemos qué extrañas flores, o hemos contemplado el fin de este mundo, planeta ya desierto en el que el odio y la injusticia, monstruosas raíces invasoras, habrán ahogado, habrán extinguido todo amor, es decir, toda vida. Y hemos gemido largamente en la noche. Y no sabíamos hacia dónde vocear.*

*Yo gemía así. Y el contraste con toda poesía arraigada es violentísimo. Pero yo no estaba solo. ¿Cómo, si la mía no era sino una partícula de la doble angustia en que todos participábamos, la permanente y esencial en todo hombre, y la peculiar de estos tristes años de derrumbamiento, de catastrófico apocalipsis? Sí; el fenómeno se ha producido en todas partes, allí donde un hombre se siente solidario del desnorte, de la desolación universal. Mi voz era sólo una entre muchas de dentro y fuera de España, coincidentes todas en un inmenso desconuelo, en una búsqueda frenética: de centro o amarre. ¡Cuántos poetas españoles han sentido esta llamada!*

*Algún día quisiera estudiar la obra de varios de estos poetas, y señalar las coincidencias, los distintos valores y las enormes diferencias. La lista sería bastante norteña. El país vasco, poco fértil en poetas (y cuando los da, broncos, como Unamuno), estaría en ella bien representado por Juan de Leceta (San Sebastián) y Blas de Otero (Bilbao). De este último, como ejemplo de poesía desarraigada, diré ahora unas palabras. Hay cierta bronquedad, cierta hirsutez en su poesía, que a mí me gusta (estoy harto de versos barbilampiñados, y a veces una chispita bardajillos). Esa brusquedad se corresponde muy bien con el fondo de su poesía; y no nos engañemos: este poeta tiene un extraordinario dominio de su palabra. Su verso es áspero, no por otra cosa, sino porque se corresponde con el derrumbamiento en huida del mundo y de su imagen del mundo.*

*Por lo demás, yo ignoro dónde nació Blas de Otero. Lo he situado provisionalmente en Bilbao, porque desde allí me ha escrito dos veces, y sé que allí vive. El apellido bien castellano es.*

*No he visto nunca a Blas de Otero. No sé cuántos años tiene. En un poema suyo dice:*

«En este momento tengo treinta y tres años encima de  
[la mesa del despacho

y un pequeño residuo de meses sobre el cenicero de  
[plata.]»

*No creo mucho en edades confesadas por poetas. Cada uno tiene su manía: los más se quitan años. Ello suele ocurrir absurdamente en la juventud, entre los veinte y los treinta. Y más absurdo aún: se quitan sólo uno, dos o tres años. Otros, por una coquetería de signo contrario, se echan a veces más años de vida, y conozco alguno que hace ya tiempo se anda llamando «carro viejo» y «pailote desarbolado» o «montoncito de estiércol a medio pudrir», cuando —creo yo— aún, aún...*

*Pues si tomamos la confesión de Otero, debe de tener ahora unos treinta y cinco años; se nos sitúa, pues, entre Panero y Valverde, y esto sólo basta para probar que no se trata de diferencias generacionales<sup>[1]</sup>.*

*La obra de Blas de Otero es hasta ahora breve; conozco dos libros: «Ángel fieramente humano» («Insula», Madrid, 1950) y «Redoble de conciencia» («Instituto de Estudios Hispánicos», Barcelona, 1951, libro que había obtenido el premio Boscán de 1950)<sup>[2]</sup>.*

*La poesía de Blas de Otero es quizá la que más me ha conmovido en estos dos últimos años. La elijo en gran parte por esto; en parte también, porque, por ser tan compacta (sólo unas 135 páginas —y hay muchos blancos— entre ambos libros)<sup>[3]</sup> puedo quizá orientarme algo mejor por ella en el brevísimo espacio de que dispongo. Y hay otra razón para traerle aquí: Otero es quien con más lucidez que nadie ha expresado —en el pórtico de «Ángel fieramente humano»— los datos esenciales del problema del desarraigo. De ahí es de donde brota todo este canto frenético y en girones:*

«Un mundo como un árbol desgajado.  
Una generación desarraigada.  
Unos hombres sin más destino que  
apuntalar las ruinas.»

*Yo entiendo —pero el poeta probablemente no lo ha pensado así— «generación» en el sentido más amplio: todos los vivientes, porque esta losa pesa lo mismo sobre jóvenes que viejos. Nuestro destino es ése: lo mismo el de los grandes nombres internacionales que le quieren poner parches a la más precaria paz que el de ese pobre hombre que sólo busca unos metros con techo para refugiar a sus hijos, símbolo de una Humanidad deshogarada. Nuestro terrible destino es ése: apuntaladores de ruinas.*

*El primer tema, el que antes ve el lector, y que, según avanza en la lectura, se le sitúa como centro obsesionante de esta poesía es nihilista: desolación, vacío, vértigo:*

«Desolación y vértigo se juntan,  
parece que nos vamos a caer,  
que nos ahogan por dentro. Nos sentimos  
solos...»

*Profundamente cala, agarra, esta desposeída sombra:*

«...y nuestra sombra en la pared  
no es nuestra, es una sombra que no sabe,  
que no puede acordarse de quién es.»

*Los sobresaltos de la pesadilla se suceden: la caída onírica en el vacío  
inacabable: la entrada en la región donde no hay «nadie, nadie, nadie»; la  
necesidad, la agonía de preguntar eso: todo, la «gran pregunta»; y no poder:*

«Cuando morir es ir donde no hay nadie,  
nadie, nadie; caer, no llegar nunca,  
nunca, nunca; morir y no poder  
hablar, gritar, hacer la gran pregunta.»

*Esta visión de enorme noche sin límite para el desconsuelo, de desolado vacío,  
está esparcida como una tristeza esencial que penetra todos los rincones de la poesía  
de Otero. Oquedad creciente, invasora, que nos absorbe y nos lleva a nuestro  
problema único, por la eficacia, el poder de captación del poeta. Posee Otero una  
capacidad idiomática condensadora, estrujadora de materia, superior quizá a la de  
casi todos sus coetáneos, comparable, por lo que toca a su fuerza y nitidez —dentro,  
claro, de lo más dispar—, a las de un García Lorca y de algunos otros poetas de mi  
propia generación, que tantas invenciones expresivas trajo a nuestra lengua; a veces,  
comparable al más angustiado y apretado Quevedo. Como en este soneto que tiene  
por título «Hombre»:*

«Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,  
al borde del abismo, estoy clamando  
a Dios. Y su silencio retumbando,  
ahoga mi voz en el vacío inerte.

Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte  
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo  
oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando  
solo. Arañando sombras para verte.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.  
Abro los ojos: me los sajas vivos.  
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.  
Ser —y no ser— eternos, fugitivos.  
¡Ángel con grandes alas de cadenas!»  
(«Ángel», 37)

*Este eterno y fugitivo agonizante que pregunta desgarradoramente a Dios, grita horrorizado para mantenerle despierto, hablando solo, arañando las sombras en un vano intento de descubrir la esencia y la forma imposibles; sí, este miserable en agonía, expresa bien la angustia de nuestra búsqueda desesperada. Precisión conceptual en el primer terceto<sup>[4]</sup>.*

*Y el soneto termina con la imagen del ángel tristemente humano, contenida de modo exacto en el último verso: «Ángel con grandes alas de cadenas». No, este soneto no desmerece al lado de los buenos de don Francisco.*

*Patente es en él cómo el tema del vacío se enlaza con el religioso. Porque, en definitiva, el vacío en el hombre es sólo un ansia de Dios. Y por ser infinito lo buscado, el no encontrarlo es un infinito negativo: una angustia infinita, un vacío absoluto. Así, toda la poesía de Otero es una desesperada carrera hacia Dios, un buscar en soledad. Una búsqueda que es también una lucha con Dios, un luchar con él para hallarle, para mantenerle despierto, como en el soneto «Hombre». La expresión es a veces de dura energía. La mano de Dios llaga o hiela; el poeta no la puede resistir:*

«Me haces daño, Señor. Quita tu mano  
de encima. Déjame con mi vacío,  
déjame. Para abismo, con el mío  
tengo bastante. Oh Dios, si eres humano,  
  
compadécete ya, quita esa mano  
de encima. No me sirve. Me da frío  
y miedo.»  
(«Redoble», 24)

*Yo no soy teólogo; y, aunque lo fuera, me guardaría mucho de solicitar adhesiones. Pero no puedo menos de decir (porque lo he visto, personalmente, en mi campo literario) que en escritores de acendrada catolicidad —bien que místicos o cercanos a la mística— se encuentran bastantes veces expresiones de parecida*



violencia. Y, por lo que toca al tema de la «mano de Dios» heridora o desgarradora del alma del hombre, más aún que el pasaje de San Juan de la Cruz con el que autoriza Otero su soneto (y de donde saca el título), se podría aducir otro del gran jesuita inglés Gerald Manley Hopkins, tan cerca en tantas cosas —por casual afinidad— de estos desgarrados poetas de hoy. Hopkins habla de la «diestra» divina: la «zarpa estrujamundos», la llama él. La Divinidad está representada como una enorme fuerza heridora:

«Mas, ay, di, tú, terrible, dime, ¿por qué sacudes  
rudamente tu diestra, tu zarpa estrujamundos,  
sobre mí? Di, ¿por qué, por qué me apesadumbran  
tus miembros de león, y por qué atisbas  
con tus oscuros ojos devorantes  
estos mis oscuros lacerados?  
¿Por qué me aventas  
en borrascosas ráfagas,  
a mí, apilado acervo enloquecido  
por huirte, escapar?»

*Aun el mismo tema de la lucha con Dios —con el recuerdo bíblico de la lucha con el ángel— que ya encontramos en Otero, lo hallamos en Hopkins:*

«...cuya mano, que agita firmamentos,  
me sacudía, y cuyo pie me hollaba...  
Aquella noche, el año  
aquel, entre tinieblas ya extinguidas,  
miserable yací, yací luchando  
(¡Dios mío!) con mi Dios.»  
(«Carriom Confort». Poems, 40)

*Estas coincidencias no son azar, y menos, «literatura»; son, sencillamente, nuestra radical angustia. Son eso: «hombre», horror de hombre, miseria de hombre. San Juan de la Cruz también las sentía, y las condensó, teóricamente, en los túneles de sus noches.*

*Todos los temas de Otero se enlazan, se reducen a unidad: esa lucha con Dios no es sino representación concreta del más terrible amor, amor insatisfecho. Y aun en la más alta mística el amor es insatisfecho, pues la unión permanente con la Divinidad sólo es posible tras la muerte<sup>[5]</sup>.*

*De la otra ladera, trasponiendo toda cima estamos en el amor humano. ¿Podemos deslindarlo así, absolutamente? El amor, el amor humano es, en nuestra*

*vida mortal, lo que más se aproxima a infinitud; es decir, lo que más se puede parecer a amor divino. El amor divino es, por esencia, inexpresable, inefable. Por eso la literatura mística de todas las épocas ha hecho del amor humano símbolo o expresión del divino. El cruce, la voluntaria sustitución, está en el «Cantar de los Cantares» y en toda la tradición mística de todos los pueblos y todas las religiones. Para Blas de Otero, el amor humano no es más que una ansia de abismarse, una imagen o una insatisfactoria sustitución del otro más alto:*

«Cada beso que doy, como un zarpazo  
en el vacío, es carne olfateada  
de Dios, hambre de Dios, sed abrasada  
en la trenzada hoguera de un abrazo.»  
(«Redoble», pág. 38)

*Así, en la pasión frenética. Pero también en el dulce enamoramiento. Como en el soneto «Cuerpo tuyo»:*

«Esa tierra con luz es cielo mío.  
Alba de Dios, estremecidamente  
subirá por mi sangre. Y un relente  
de llama me dará tu escalofrío.»

*En esta zona de ternura, de vez en cuando, el poeta se vuelve del lado de la belleza mortal y de las dulces formas humanas. En esas ocasiones la expresión se hace graciosa, se remansa, como en delicias (pero aún el frenesí, la sed de plenitud, precipitarán el final). Es del mismo soneto «Cuerpo tuyo»:*

«Puente de dos columnas; y yo, río.  
Tú, río derrumbado; y yo, su puente,  
abrazando, cercando su corriente  
de luz, de amor, de sangre en desvarío»<sup>[6]</sup>.

*Todo está pensado en futuro en este soneto primaveral. El tema juvenil, virginal, alterna en los tercetos con el de la plenitud y la entrega. Luego serás, dice a la amada, «fronda de Dios y sima mía». El poeta vuelve, pues, en seguida a su unidad temática.*

*Estos temas de Otero, tan trabados, tan enlazados entre sí —Dios, Amor, Muerte—, son los esenciales del hombre. En el centro de ese triángulo se inserta (fue nuestro punto de partida y terminamos con él) un espantoso vacío, que fragua en imágenes casi con posibilidad de traducción cinematográfica:*

«Imagine mi horror por un momento  
que Dios, el solo vivo, no existiera  
o que, existiendo, sólo consistiera  
en tierra, en agua, en fuego, en sombra, en viento.  
Y que la muerte, oh estremecimiento,  
fuese el hueco sin luz de una escalera,  
un colosal vacío que se hundiera  
en un silencio desolado, liento.»

(«Redoble», 20)

*La última palabra (liento, es decir, «húmedo, blando»), poco común en el habla de las ciudades, aunque aún con largo arraigo rural, nos invitaría a hablar de algunos de los rasgos del estilo de Otero. Pero quiero que esta nota se mantenga en los límites de una volandera apreciación crítica sin entrar en lo estilístico. Me limito, pues, a señalar la poesía de Otero como uno de los más claros depósitos de materias para análisis de estilo.*

*Muchos desprecian estos estudios. Despreciar es fácil. Sólo diré que por ellos la misteriosa forma de la palabra humana se nos transparenta algo, nos revela de algún modo, aunque mínimo, cómo y por qué es transportadora de mundos de pensamiento y emoción<sup>[7]</sup>.*

*Todo es don de Dios, que ha querido que Otero fieramente le cantara —¿a quién, sino a Dios, canta toda su poesía?—, no obra de artificio. Otero ha sido dotado de unos medios expresivos que extraordinariamente mueven al lector en un intervalo muy amplio, que va desde la terrible sacudida, que es la predominante, hasta la suave gracia de la brisa primaveral que algunas veces nos orea.*

*Asustan la fuerza y la madurez de esta voz. ¿Hasta dónde se alzaré esta «torre de Dios», azotada por tempestades? No sé. Dentro de la poesía desarraigada española, dentro de esta poesía en la que muchos buscamos angustiosamente nuestras amarras esenciales —¡no existenciales!—, estos libros de Blas de Otero son una maravillosa realidad. Y una larga esperanza.*

Dámaso Alonso

(1952.)

«Bajo todas las invocaciones a la  
muerte..., se pone el acento sobre el  
valor y precio de la vida.»

A. F. G. Bell (Literatura castellana)

## Es a la inmensa

Es a la inmensa mayoría, fronda  
de turbias frentes y sufrientes pechos,  
a los que luchan contra Dios, deshechos  
de un solo golpe en su tiniebla honda.

A ti, y a ti, y a ti, tapia redonda  
de un sol con sed, famélicos barbechos,  
a todos, oh sí, a todos van, derechos,  
estos poemas hechos carne y ronda.

Oídllos cual al mar. Muerden la mano  
de quien la pasa por su hirviente lomo.  
Restalla al margen su bramar cercano

y se derrumban como un mar de plomo.  
¡Ay, ese ángel fieramente humano  
corre a salvaros, y no sabe cómo!

## LA TIERRA

De tierra y mar, de fuego y sombra pura,  
esta rosa redonda, reclinada  
en el espacio, rosa volteada  
por las manos de Dios, ¡cómo procura

sostenernos en pie y en hermosura  
de cielo abierto, oh inmortalizada  
luz de la muerte hiriendo nuestra nada!  
La Tierra: girasol; poma madura.

Pero viene un mal viento, un golpe frío  
de las manos de Dios, y nos derriba.  
Y el hombre, que era un árbol, ya es un río.

Un río echado, sin rumor, vacío,  
mientras la Tierra sigue a la deriva,  
oh Capitán, oh Capitán, ¡Dios mío!

## VIVO Y MORTAL

Sé que hay estrellas, luminosos mares  
de fuego, inhabitados paraísos,  
cadenas de planetas, cielos lisos,  
montañas que se yerguen como altares.

Sé que el mundo, la Tierra que yo piso,  
tiene vida, la misma que me hace.  
Pero sé que se muere si se nace,  
y se nace, ¿por qué?, ¿por quién que quiso?

Nadie quiso nacer. Ni nadie quiere  
morir. ¿Por qué matar lo que prefiere  
vivir? ¿Por qué nacer lo que se ignora?

Solo está el hombre. El mundo, inmenso, gira.  
Sobre su gozne virginal, suspira  
lo que, vivo y mortal, el hombre llora.

## **ESTOS SONETOS**

Estos sonetos son las que yo entrego  
plumas de luz al aire en desvarío;  
cárceles de mi sueño; ardiente río  
donde la angustia de ser hombre anego.

Lenguas de Dios, preguntas son de fuego  
que nadie supo responder. Vacío  
silencio. Yerto mar. Soneto mío,  
que así acompaña mi palpar de ciego.

Manos de Dios hundidas en mi muerte.  
Carne son donde el alma se hace llanto.  
Verte un momento, oh Dios, después no verte.

Llambria y cantil de soledad. Quebranto  
del ansia, ciega luz. Quiero tenerte,  
y no sé dónde estás. Por eso canto.

## SOLEDA

Cuerpo de Dios ardid

en llama oscura  
por los espacios solos se derrama,  
y yo también, oh Dios, oscura llama  
soy, en el árbol de tu sombra pura.

Árbol de Dios, oh sí, arboladura  
hundida al fondo donde el hombre ama;  
y, desde allí, mortal, eterna, clama,  
reclama, sueña eternidad y altura.

Mira, Señor, si puedes comprendernos,  
esta angustia de ser y de sabernos  
a un tiempo sombra, soledad y fuego.

Mira, Señor, qué solos. Qué mortales.  
Mira que, dentro, desde ahora, luego,  
somos, no somos —soledad— iguales.

## ALDEA

La sangre —nuestros muertos— se levanta  
con el humo del pueblo silencioso;  
en la sombra del río, aun más hermoso,  
el chopo antiguo, al contemplarse, canta.

Archivando la luz en la garganta,  
vuela, libre, el insecto laborioso.  
Alto cielo tallado: luminoso  
cristal donde la rosa se quebranta.

Es nuestro ayer, nuestro dolor sin nombre,  
retornando, de nuevo, su camino;  
futuro en desazón, presente incierto,



sobre el hermoso corazón del hombre.  
Como una vieja piedra de molino  
que mueve, todavía, el cauce muerto.

## HOMBRE

Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,  
al borde del abismo, estoy clamando a Dios.  
Y su silencio, retumbando,  
ahoga mi voz en el vacío inerte.

Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte  
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo  
oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando  
solo. Arañando sombras para verte.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.  
Abro los ojos: me los sajas vivos.  
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.  
Ser —y no ser— eternos, fugitivos.  
¡Ángel con grandes alas de cadenas!

## TÚ, QUE HIERES

Arrebatadamente te persigo.  
Arrebatadamente, desgarrando

mi soledad mortal, te voy llamando  
a golpes de silencio. Ven, te digo

como un muerto furioso. Ven. Conmigo  
has de morir. Contigo estoy creando  
mi eternidad. (De qué. De quién.) De cuando  
arrebataadamente esté contigo.

Y sigo, muerto, en pie. Pero te llamo  
a golpes de agonía. Ven. No quieres.  
Y sigo, muerto, en pie. Pero te amo

a besos de ansiedad y de agonía.  
No quieres. Tú, que vives. Tú, que hieres  
arrebataadamente el ansia mía.

## MAR ADENTRO

Oh, montones de frío acumulado  
dentro del corazón, cargas de nieve  
en vez de río, sangre que se mueve,  
me llevan a la muerte ya enterrado.

A remo y vela voy, tan ladeado  
que Dios se nubla cuanto el mar se atreve;  
orzado el car, le dejo que me lleve...  
Oh llambrías: recibid a un descarriado.

Ardientemente helado en llama fría,  
una nieve quemante me desvela  
y un fríísimo fuego me desvía...

Oh témpano mortal, río que vuela,  
mástil, bauprés, arboladura mía  
halando hacia la muerte a remo y vela.

## MUERTE EN EL MAR

Si caídos al mar, nos agarrasen  
de los pies y estirasen, tercas, de ellos  
unas manos no humanas, como aquellos  
pulpos viscosos que a la piel se asen...

Ah, si morir lo mismo fuese: echasen  
nuestros cuerpos a Dios, desnudos, bellos,  
y sus manos, horribles, nuestros cuellos  
hiñesen sin piedad, y nos ahogasen...

Salva, ¡oh Yavé!, mi muerte de la muerte.  
Ancléame en tu mar, no me desames,  
Amor más que inmortal. Que pueda verte.

Te toque, oh Luz huidiza, con las manos.  
No seas como el agua, y te derrames  
para siempre, Agua y Sed de los humanos.

## BASTA

Imagine mi horror por un momento  
que Dios, el solo vivo, no existiera,  
o que, existiendo, sólo consistiera  
en tierra, en agua, en fuego, en sombra, en viento.

Y que la muerte, oh estremecimiento,  
fuese el hueco sin luz de una escalera,  
un colosal vacío que se hundiera  
en un silencio desolado, liento.

Entonces ¿para qué vivir, oh hijos  
de madre, a qué vidrieras, crucifijos  
y todo lo demás? Basta la muerte.

Basta. Termina, oh Dios, de malmatarnos.  
O si no, déjanos precipitarnos  
sobre Ti —ronco río que revierte.

## NO

No se sabe qué voz o qué latido,  
qué corazón sembrado de amargura,  
rompe en el centro de la sombra pura  
mi deseo de Dios eternecido.

Pero mortal, mortal, rayo partido  
yo soy, me siento, me compruebo. Dura  
lo que el rayo mi luz. Mi sed, mi hondura  
rasgo. Señor: la vida es ese ruido

del rayo al crepitar. Así, repite  
el corazón, furioso, su chasquido,  
se revuelve en tu sombra, te flagela

tu silencio inmortal; quiere que grite  
a plena noche..., y luego, consumido,  
no queda ni el desastre de su estela.

## EXCEDE

Querer ser bueno es una fuente rosa  
que fluye entre las ruinas del pecado,

un celeste rumor desamarrado,  
latiendo entre la sombra misteriosa.

Un pájaro divino va y se posa  
sobre el inmóvil corazón cansado;  
y entiendo por qué el mundo está inclinado,  
por qué la Tierra gira, tan hermosa.

Pero, mortal, el hombre nunca puede,  
nunca logra ascender adonde el cielo  
la torre esbelta del anhelo excede.

Nunca, jamás, el hombre. Sobre el suelo,  
el pájaro se posa, y pasa y hiede  
la fuente del humano desconsuelo.

## ÍMPETU

Mas no todo ha de ser ruina y vacío.  
No todo desescombros ni deshielo.  
Encima de este hombro llevo el cielo,  
y encima de este otro, un ancho río

de entusiasmo. Y, en medio, el cuerpo mío,  
árbol de luz gritando desde el suelo.  
Y, entre raíz mortal, fronda de anhelo,  
mi corazón en pie, rayo sombrío.

Sólo el ansia me vence. Pero avanzo  
sin dudar, sobre abismos infinitos,  
con la mano tendida: si no alcanzo

con la mano, ¡ya alcanzaré con gritos!  
Y sigo, siempre, en pie, y, así, me lanzo  
al mar, desde una fronda de apetitos.

## PODEROSO SILENCIO

Oh, cállate, Señor, calla tu boca  
cerrada, no me digas tu palabra  
de silencio; oh Señor, tu voz se abra,  
estalle como un mar, como una roca

gigante. Ay, tu silencio vuelve loca  
al alma: ella ve el mar, mas nunca el abra  
abierta; ve el cantil, y allí se labra  
una espuma de fe que no se toca.

¡Poderoso silencio, poderoso  
silencio! Sube el mar hasta ya ahogarnos  
en su terrible estruendo silencioso.

¡Poderoso silencio con quien lucho  
a voz en grito: grita hasta arrancarnos  
la lengua, mudo Dios al que yo escucho!

## VOZ DE LO NEGRO

Voz de lo negro en ámbito cerrado  
ahoga al hombre por dentro contra un muro  
de soledad, y el sordo son oscuro  
se oye del corazón casi parado.

Dobla el silencio a muerto vivo, airado,  
furioso de ser muerto prematuro,  
en pie en lo negro apuñalado,  
puro cadáver interior apuntalado.

Voz de la muerte en llanto estremecido,  
dentro del corazón cava su nido  
de sierpe silenciosa, resbalada.

En pie en lo negro apuñalado, hendido.  
Y el muerto sigue en él, como si nada  
más que nacer hubiese sucedido.

## **CARA A CARA**

Enormemente herido, desangrándome,  
pisando los talones a la muerte,  
vengo. Dios, a decirte —si no a verte—  
mi inmensa sed, mi sed de ti: ahogándome,

me arrojó en tu silencio, a tuestas ando... Me  
apartas, pegas con tu brazo fuerte  
contra mi fe. No finjas defenderte:  
¿no ves que tanta fiebre está enfermándome?

Enormemente terco, insisto, grito  
contra tu noche: no sé ya qué hacer,  
abro, cierro los ojos; pongo, quito

trabas al sueño. Oh Dios, si aun no estoy muerto,  
mátame con tu luz: ¡te quiero ver,  
necesito dormir —morir— despierto!

## **MUDOS**

De tanto hablarle a Dios, se ha vuelto mudo  
mi corazón. Con gritos sobrehumanos  
le llamé: ahora le hablo con las manos,  
como atándome a El... Solo y desnudo,

clamoreando amor, tiendo, sacudo  
los brazos bajo el sol: signos lejanos  
que nadie —el sordo mar, los vientos vanos—  
descifra... ¡Ah, nadie nunca anclarme pudo

al cielo! Mudo soy. Pero mis brazos  
me alzan, vivo, hacia Dios. Y si no entiende  
mi voz, tendrá que oír mis manotazos.

Abro y cierro mi cruz. El aire extiende  
—como rayos al bies— mis ramalazos.  
Ácida espuma de mi labio pende...

## **¡ETERNIDAD, HORA ENSANCHADA**

¡Eternidad, hora ensanchada

J. R.

No cuando muera he de callar. Que, muerto,  
el silencio inmortal será en mi boca,  
pero lo haré estallar como a una roca  
gigante, estando Dios al descubierto.



Con todo el tiempo —oh eternidad— abierto,  
lo inasidero viendo que se toca,  
¿cómo no ha de gritar mi rabia loca,  
mi ansia de asir un sueño ya despierto?

Gritaré como grita Dios: hundido  
en el silencio horrible de la vida,  
en el clamor salido de la muerte.

Ábreme. Ábreme, que vengo herido  
y moriría, oh Dios, si por la herida  
no saliese, hecha voz, mi ansia de verte.

## LASTIMA

Me haces daño, Señor. Quitá tu mano  
de encima. Déjame con mi vacío,  
déjame. Para abismo, con el mío  
tengo bastante. Oh Dios, si eres humano,

compadécete ya, quita esa mano  
de encima. No me sirve. Me da frío  
y miedo. Si eres Dios, yo soy tan mío  
como tú. Y a soberbio, yo te gano.

Déjame. ¡Si pudiese yo matarte,  
como haces tú, como haces tú! Nos coges  
con las dos manos, nos ahogas. Matas

no se sabe por qué. Quiero cortarte  
las manos. Esas manos que son trojes  
del hambre, y de los hombres que arrebatas.

# POSTRER RUIDO

Homenaje a Francisco de Quevedo

Ya escucho, a solas, el derrumbamiento  
de mundos interiores espantoso;  
bate mi vida el viento hombrón, borroso  
el claustro ensimismal del pensamiento.

Morir, soñar... Un desvanecimiento  
verdadero desvae el alma: acoso  
—no sé, acaso— de un Ser tan misterioso  
como este hombre que yo soy y siento.

A toda luz, el cielo se derrumba,  
arriado de raíz, sobre la tumba  
donde mi alma vive sepultada.

Tramo a tramo, tremando, se deshace  
el cerco de lo eterno. A son de azada  
llama Dios en mi alma. Y, aquí yace.

## EPÍTASIS

Algo de luz y un poco de ceniza,  
acaso un poso de silencio de oro,  
es todo mi pobrísimo tesoro,  
más esa brisa que se va y desliza...

Sé que, encerado de la muerte, tiza  
azul será la sangre que hoy adoro,

suaves estalactitas tacto y lloro  
y horror los ojos, y la pose, postiza.

He aquí que me muero a manos llenas.  
He aquí que me voy, de cuerpo entero.  
¡Tanto entibar, y un estirón apenas...!

A duras penas voy viviendo. Pero  
algo de luz y un resto de cadenas  
dirán: Esto que veis, fue Blas de Otero.

## **GRITANDO NO MORIR**

¡Quiero vivir, vivir, vivir! La llama  
de mi cuerpo, furiosa y obstinada,  
salte, Señor, contra tu cielo, airada  
lanza de luz. En el costado, brama

la sangre, y por las venas se derrama  
como un viento de mar o de enramada:  
tras tu llamada se hace llamarada,  
oh Dios, y el pecho, desolado, clama.

Vivir. Saber que soy piedra encendida,  
tierra de Dios, sombra fatal ardida,  
cantil, con un abismo y otro, en medio:

y yo de pie, tenaz, brazos abiertos,  
gritando no morir. Porque los muertos  
se mueren, se acabó, ya no hay remedio.

## PIDO VIVIR

Pediría vivir, si me viniesen  
con cielos, pervivir, en carne viva,  
en cal hirviente, en pie, patas arriba,  
pero vivir, seguir, aunque se hundiesen

cielos y mar... Es más que en cielos, es en  
la tierra, aquí, con cal y huesos, iba  
diciendo, y permitid que hasta lo escriba,  
donde —vuelvo a decir: Si me viniesen...

¡Si es que no escuchan...! Lucho contra el viento,  
tropiezo con el aire: aquí no queda  
en pie, más que un airado abatimiento.

Oh torre de cristal, oh tiro raso  
atravesando mi broquel de seda.  
Golpe brutal de Dios contra mi vaso.

## ECCE HOMO

En calidad de huérfano nonato,  
y en condición de eterno pordiosero,  
aquí me tienes, Dios. Soy Blas de Otero,  
que algunos llaman el mendigo ingrato.

Grima me da vivir, pasar el rato,  
tanto valdría hacerme prisionero  
de un sueño. Si es que vivo porque muero,  
¿a qué viene ser hombre o garabato?

Escucha cómo estoy, Dios de las ruinas.  
Hecho un cristo, gritando en el vacío,  
arrancando, con rabia, las espinas.

¡Piedad para este hombre abierto en frío!  
¡Retira, oh Tú, tus manos asembrinas  
—no sé quién eres tú, siendo Dios mío!

## TIERRA FIRME

Puedo esperar, pegarme a mi esperanza  
como un papel lanzado contra el cielo,  
lo mismo que un papel de caramelo  
que lamiera ese Dios que no se alcanza.

Tácito Adonis sin laurel ni lanza,  
y sí con arrayán de llanto y hielo,  
hincando en Dios el pie, parto de vuelo  
desde el hangar de mi desesperanza.

Caí, caí, como un avión de guerra  
ardiendo entre sus alas renacidas.  
Helas aquí, hincadas en la tierra.

Sitio del hombre. A pleno sol, sin viento,  
¿para qué quiero mi paracaídas,  
si se me ha vuelto todo firmamento?

## LA TIERRA

Un mundo como un árbol desgajado.  
Una generación desarraigada.  
Unos hombres sin más destino que  
apuntalar las ruinas.

Rompe el mar  
en el mar, como un himen inmenso,  
mecen los árboles el silencio verde,  
las estrellas crepitan, yo las oigo.

Sólo el hombre está solo. Es que se sabe  
vivo y mortal. Es que se siente huir  
—ese río del tiempo hacia la muerte—.

Es que quiere quedar. Seguir siguiendo,  
subir, a contra muerte, hasta lo eterno.  
Le da miedo mirar. Cierra los ojos  
para dormir el sueño de los vivos.v

Pero la muerte, desde dentro, ve.  
Pero la muerte, desde dentro, vela.  
Pero la muerte, desde dentro, mata.

...El mar —la mar—, como un himen inmenso,  
los árboles moviendo el verde aire,  
la nieve en llamas de la luz en vilo...

## **IGUAL QUE VOSOTROS**

Desesperadamente busco y busco  
un algo, qué sé yo qué, misterioso,  
capaz de comprender esta agonía  
que me hiela, no sé con qué, los ojos.

Desesperadamente, despertando  
sombras que yacen, muertos que conozco,  
simas de sueño, busco y busco un algo,  
qué sé yo dónde, si supieseis cómo.

A veces, me figuro que ya siento,  
qué sé yo qué, que lo alzo ya y lo toco,  
que tiene corazón y que está vivo,  
no sé en qué sangre o red, como un pez rojo.

Desesperadamente, le retengo,  
cierro el puño, apretando el aire sólo...  
Desesperadamente, sigo y sigo  
buscando, sin saber por qué, en lo hondo.

He levantado piedras frías, faldas  
tibias, rosas, azules, de otros tonos,  
y allí no había más que sombra y miedo,  
no sé de qué, y un hueco silencioso.

Alcé la frente al cielo: lo miré  
y me quedé ¡por qué, oh Dios! dudoso:  
dudando entre quién sabe, si supiera  
qué sé yo qué, de nada ya y de todo.

Desesperadamente, esa es la cosa.  
Cada vez más sin causa y más absorto  
qué sé yo en qué, sin qué, oh Dios, buscando  
lo mismo, igual, oh hombres, que vosotros.

## **MIENTRAS TANTO**

Mientras tanto subimos la escalera (de vez en cuando se oye  
a los que caen de espaldas), nos paramos  
un poco, alguna vez (vacilamos, como una hoja  
en el instante de arrojarse al aire),  
viene  
el vértigo a todo correr desde el vacío  
y, cerrando los ojos, nos asimos a nuestro ser más íntimo,  
y seguimos  
y seguimos subiendo la trágica escalera  
colocada,  
creada, por nosotros mismos.



## ENTONCES Y ADEMÁS

Cuando el llanto, partido en dos mitades,  
cuelga, sombríamente, de las manos,  
y el viento, vengador, viene y va, estira  
del corazón, ensancha el desamparo.

Cuando el llanto, tendido como un llanto  
silencioso, se arrastra por las calles  
solitarias, se enreda entre los pies,  
y luego suavemente se deshace.

Cuando morir es ir donde no hay nadie,  
nadie, nadie; caer, no llegar nunca,  
nunca, nunca; morir y no poder  
hablar, gritar, hacer la gran pregunta.

Cuando besar una mujer desnuda  
sabe a ceniza, a bajamar, a broza,  
y el abrazo final es esa franja  
sucia que deja, en bajamar, la ola.

Entonces, y también cuando se toca  
con las dos manos el vacío, el hueco,  
y no hay donde apoyarse, no hay columnas  
que no sean de sombra y de silencio.

Entonces, y además cuando da miedo  
ser hombre, y estar solo es estar solo,  
nada más que estar solo, sorprenderse  
de ser hombre, ajenarse: ahogarse sólo.

Cuando el llanto, parado ante nosotros...

## VÉRTIGO

Desolación y vértigo se juntan.  
Parece que nos vamos a caer,  
que nos ahogan por dentro. Nos sentimos  
solos, y nuestra sombra en la pared  
no es nuestra, es una sombra que no sabe,  
que no puede acordarse de quién es.  
Desolación y vértigo se agolpan  
en el pecho, se escurren como un pez,  
parece que patina nuestra sangre,  
sentimos que vacilan nuestros pies.

El aire viene lleno de recuerdos  
y nos duele en el alma su vaivén,  
divisamos azules mares, dentro  
de la niebla infinita del ayer.  
Desolación y vértigo se meten  
por los ojos y no nos dejan ver.  
Un pañuelo en el viento anda perdido,  
viene y va, como un trozo de papel,  
y lo lavan tus manos con las lágrimas  
que nuestros ojos han vertido en él.

Desolación y vértigo se juntan.  
Parece que nos vamos a caer,  
que nos ahogan por dentro. Nos quedamos  
mirando fijamente a la pared,  
no podemos llorar y se nos queda  
el llanto amontonado, de través,  
nos tapamos los ojos con las manos,  
apretamos los dedos en la sien,  
sentimos que nos llaman desde lejos,  
no sabemos de dónde, para qué...

**SERENA VERDAD**

Hay un momento, un rayo en rabia viva,  
entre abismos del ser que se desgarran,  
en que Dios se hace amor, y el cuerpo siente  
su delicada mano como un peso.

Hemos sufrido ya tanto silencio,  
hemos buscado, a tientas, tanto; estamos  
tan cubiertos de horror y de vacío,  
que, entre la sombra, su presencia quema.

Grandes dolores, con su hambre inmensa,  
nos comieron las ansias; mas ninguno  
es como tú, dolor de Dios: león  
del hombre; hambre inmortal; sed siempre en vilo.

Pero, de pronto, en un desmayo íntimo,  
en un instante interno, eternizado,  
nace el amor, irrumpe, nos levanta,  
nos arroja en el cielo, como un mar.

Somos pasto de luz. Llama que va  
vibrando, en el vaivén de un viento inmenso;  
viento que sube, arrebatadamente,  
entre frondas de amor que se desgarran.

Ah, ya el cuerpo, la alcoba rosa y cálida,  
cuerpo de la mujer, alma de oro,  
en evidencia pone a Dios: le veo  
encarnado, hecho dulce criatura.

Y este río que pasa siempre y nunca,  
y esta selva ignorada que me acoge,  
son, sobre abismos milagrosos, sueños  
de Dios: eternidad que fluye y queda.

Busqué y busqué. Mis manos sangran niebla,  
tropezaron con llambrias y galayos,  
se me abrieron, llagaron de infinito,  
pero todo fue en vano, Te evadiste.

Llegué a odiar tu presencia. Odiemos, dije,

al Inasible. ¡Ah, sí! Pero el suplicio  
se hizo mayor. Mi sed ardía sola.  
Como una ola, me anegaste tú.

Y fui llama en furor. Pasto de luz,  
viento de amor que, arrebatadamente,  
arrancaba las frondas y las iba  
subiendo, sí, subiendo hasta tu cielo.

Allí, mecidas, en vaivén de céfiro,  
en finísima luz y aguas de oro,  
gozan la paz, parece que te miran,  
oh serena Verdad, con mis dos ojos...

## **A PUNTO DE CAER**

Nada es tan necesario al hombre como un trozo de mar  
y un margen de esperanza más allá de la muerte,  
es todo lo que necesito, y acaso un par de alas  
abiertas en el capítulo primero de la carne.

No sé cómo decirlo, con qué cara  
cambiarme por un ángel de los de antes de la tierra,  
se me han roto los brazos de tanto darles cuerda,  
decidme qué haré ahora, decidme qué hora es y si aun hay tiempo,  
es preciso que suba a cambiarme, que me arrepienta sin perder una lágrima,  
una sólo, una lágrima huérfana,  
por favor, decidme qué hora es la de las lágrimas,  
sobre todo la de las lágrimas sin más ni más que llanto  
y llanto todavía y para siempre.

Nada es tan necesario al hombre como un par de lágrimas  
a punto de caer en la desesperación.

## ENCUESTA

Quiero encontrar, ando buscando la causa del sufrimiento.

La causa a secas del sufrimiento a veces  
mojado en sangre, en lágrimas, y en seco  
muchas más. La causa de las causas de las cosas  
horribles que nos pasan a los hombres.

No a Juan de Yepes, a Blas de Otero, a León

Bloy, a César Vallejo, no, no busco eso,

qué va, ando buscando únicamente

la causa del sufrimiento

(del sufrimiento a secas),

la causa a secas del sufrimiento a veces...

Y siempre vuelta a empezar.

Me pregunto quién goza con que suframos los hombres.

Quién se afeita a favor del viento de la angustia.

Qué sucede en la sección de Inmortalidad

cuando según todas las pruebas nos morimos para siempre.

Sabemos poco en materia de sufrimiento.

Estamos muy orgullosos con nuestro orgullo,

pero si yo les arguyo con el sufrimiento no saben qué decirme.

Mire usted en la guía telefónica,

o en la Biblia, es fácil que allí encuentre algo.

Y agarro la biblia telefónica,

y agarro

con las dos manos la **Guía de pecadores...**, y se caen al suelo todos los platos.

Desde los siete años

oyendo lo mismo a todas horas, cielo santo

santo, santo, como de Dios al fin obra maestra!

Pero, del sufrimiento, como el primer día:

mudos y flagelados a dobla columna. Es horrible.

## CAP. 10 LIB. II

Era deforme como un ángel caído en un patio entre algodones.  
Como esas horribles esculturas donde la maternidad da a luz a la belleza.  
Porque he conocido cosas peores que la desesperación a mis treinta y dos años,  
y una mujer me acariciaba entre los muslos de las montañas llenas de sangre con una lentitud y una insistencia que hacía gemir a las mariposas refugiadas en el bolsillo.

Me acuerdo que una vez estuve a punto de asesinar a mi sombra solamente por una pequeña deformidad que se advertía debajo de la tetilla izquierda de mi alma.  
Pero ya pasó todo, así que afortunadamente el tiempo se desliza entre los álamos y la primavera restalla su gran látigo verde.  
Cuando me asalta el recuerdo de lo espantoso que he sido conmigo mismo y de las noches trenzadas alrededor de mi garganta sin una pizca de luna para aliviar la sed,  
y vienen de golpe años y años pasados en la soledad de las aceras públicas, en el desamparo de las salas de recibir de los médicos, al borde de los confesonarios,  
junto a las faldas frías y las muchachas pálidas de la última remesa sin tener siquiera un libro a mano donde apoyar descuidadamente la cabeza, ni una pequeña flor ni nada que mereciese la pena de morir en aquel instante, cuando me asaltan estos recuerdos comprendo de repente la deformidad de todo, y me resigno a ser ceniza, solitaria ceniza húmeda de lágrimas.

## EL CLAUSTRO DE LAS SOMBRAS

«...to the antique order of the dead.»

(Francis Thompson)

En este momento, tengo treinta y tres años encima de la mesa del despacho  
y un pequeño residuo de meses sobre el cenicero de plata.  
He preguntado a mis hermanas si saben quién es este hombre  
que viene, entre mi hombro y mi hombro, a donde yo vengo,  
y vuelve  
el rostro si yo lo torno...

Siento frío, y no sé qué ponerme por dentro  
de la muerte, qué trozo de tierra es el mío,  
qué noche es la noche de echarme a morir,  
qué látigo verde me heñirá bajo el mar.

A veces me acomete un largo vértigo  
y quisiera ser nada más un humoso lego en la orden antigua de los muertos,  
servirles el silencio con mis propias manos  
y meditar en un rincón del claustro de las sombras...

Del claustro de las sombras, allí  
donde los sueños exaltan sus luces cándidas, humosas.

## CANTIL

Ahora canto mis manos.  
Manos de muerto vivas.  
Mudas manos de muerto  
moviéndose todavía.

Maravillosos dedos,  
palmas de oro antiguas,  
duros dorsos de estatua,  
manos de nadie, mías.

Ahora miro mis manos.

Extremo de mi agonía.  
(Manos de muerto moviéndose.)  
Mudas orillas.

Cantil cortado a pico.  
Límite que me termina  
de matar. Aspas rotas,  
en carne viva.

Manos de muerto.  
Manos vacías  
de Dios, escarbando  
la brisa.

## **HOMBRE EN DESGRACIA**

Me cogiera las manos en la puerta del ansia,  
sin remedio me uniesen para siempre a lo solo,  
me sacara de dentro mi corazón, yo mismo  
lo pusiese, despacio, delante de los ojos...

O si hablase a la noche con el labio enfundado  
y detrás de la nuca me tocasen de pronto  
unas manos no humanas, hasta hacerme de nieve,  
una nieve que el aire aventase, hecha polvo...

Soy un hombre sin brazos, y sin cejas, y acaso  
una sábana extiende su palor desde el hombro;  
voy y vengo en silencio por la haz de la tierra,  
tengo miedo de Dios, de los hombres me escondo.

Doy señales de vida con pedazos de muerte  
que mastico en la boca, como un hielo sonoro;  
voy y vengo en silencio por las sendas del sueño,  
mientras baten las aguas y dan golpes los olmos...



¿Hasta cuándo este cáliz en las manos crispadas  
y este denso silencio que se arrolla a los codos;  
hasta cuándo esta sima y su silbo de víboras  
que rubrican el vértigo de ser hombre hasta el fondo?

¿Hasta cuando la carne cabalgando en el alma:  
hasta heñirla en las sombras, hasta caer del todo?  
Oh, debajo del hambre Dios bramea y me llama,  
acaso como un muerto —dios de cal— llama a otro.

## TIERRA

«Quia non conclusit ostia ventris»  
Job III, 10.

Humanamente hablando, es un suplicio  
ser hombre y soportarlo hasta las heces,  
saber que somos luz, y sufrir frío,  
humanamente esclavos de la muerte.

Detrás del hombre viene dando gritos  
el abismo, delante abre sus hélices  
el vértigo, y ahogándose en sí mismo,  
en medio de los dos, el miedo crece.

Humanamente hablando, es lo que digo,  
no hay forma de morir que no se hiele.  
La sombra es brava y vivo es el cuchillo.  
Qué hacer, hombre de Dios, sino caerte.

Humanamente en tierra, es lo que elijo.

Caerme horribilmente, para siempre.  
Caerme, revertir, no haber nacido  
humanamente nunca en ningún vientre.

## HOJA NUEVA

Estoy temblando, tengo frío. Oh Dios,  
si supieses qué frío y cuánto miedo  
tiene el hijo del hombre. Estoy temblando  
como tiemblan los vivos: junto al fuego

del árbol de la muerte. Estoy teñido  
de púrpura hasta el pie. Tañen mis dedos,  
y mis dientes restañan. Y mis uñas,  
una a una, de añil se van tiñendo...

Se van tiñendo. Tengo frío.  
Y miedo,  
no sé..., **d'un-ha cousa**  
**que vive e que non se ve.**

## SEGURO

Cada vez más despacio.  
Se va cayendo el mirabel, las uñas,  
únicas que me quedan, se me caen de las manos,  
menos una que queda colgando,  
una

uña  
agarrada a su dedo por un pelo,  
así es la vida, cada vez más despacio nos movemos  
en el terreno de la muerte,  
tirando días al cesto de los meses, éstos  
al de los años, y, sencillamente,  
nos quedamos sin nada entre las manos,  
muertos desde los pies a la cabeza,  
para siempre según las estadísticas.

## **¿TERMINA? NACE**

Puede ser que estemos ya al cabo de la calle.  
Que esto precisamente fuese el fin  
o el cabo de la calle.  
Puede suceder que aquí precisamente  
se acabe el cabo  
de la calle.

Puede ser que estemos ahora llegando,  
que hayamos estado aquí antes,  
y todo puede ser,  
y puede ser que no sea esta calle.

Nadie.

¿Es que no hay nadie, es que aquí no ha quedado  
alguien?

Puede ser que esto sea una sombra,  
eso unos árboles,  
y todo lo demás  
y todo lo demás puede ser

aire,

castillos en el aire.

Alcanzadme la mano, ay, alcanzádmela  
la mano.

Madre.

Puede ser que mi calle esté más arriba,  
más  
adelante.

## CITA AL MARGEN

Dejo el camino. Caigo en el silencio.  
Cerrad las puertas. Estoy tramando  
el hilo de la vida al de la muerte.  
Abrid el grifo de la fe, está claro.

Ah, los hombres son soles. Sobre todo,  
los obreros del alma edificando  
súbitos cielos en su noche oscura:  
rachas del norte contra los andamios.

Amo la muerte eslabonada al día.  
Dejo el camino. No me voy. Descanso.  
Y, cuando suena la sirena, sigo  
a pie, en el hombro el ataúd.

Y avanzo.

## RELATO

Recuerdo. No recuerdo. El viento. El mar.  
Un hombre al borde del cantil. El viento.  
El mar desamarrando olas horribles.  
Un hombre al borde de un cantil. Recuerdo.  
No recuerdo. Los brazos  
alzados hacia un cielo ceniciento.  
El viento. El golpe de las olas  
contra las rocas.  
Un hombre al borde  
de la muerte.  
El mar.  
El cielo, mudo. Ceniciento. El cielo.  
Recuerdo. Oigo las olas.  
El viento. Entre las sienes. No recuerdo.  
Un hombre  
al borde de un cantil, gritando. Abriendo  
y cerrando los brazos.  
Un hombre ciego.  
Recuerdo. Alzó la frente. Un viento frío  
le azotó el alma. No recuerdo. Veo  
el mar.  
Nado por dentro.  
Avanzo  
hacia una luz, hacia una luz. No veo.  
Escucho  
un silencio de yelo.  
Y braceo, braceo hacia la luz,  
y tropiezo,  
y braceo, y emerjo bajo el sol  
¡oh júbilo!, y avanzo... Y no recuerdo  
más. Esto es todo cuanto sé. Sabedlo.

## EL SER

«¿Cómo podríamos respirar y vivir,  
si el espacio no estuviese  
lleno de alegría y amor?

De la alegría nacen todos los seres,  
a través de la alegría son mantenidos,  
y con alegría desaparecen  
cuando nos abandonan.»

¿Cómo podríamos reposar y morir,  
si la muerte no fuese  
otro modo de amor y de alegría?

## MADemoISELLE ISABEL

**Mademoiselle** Isabel, rubia y francesa,  
con un mirlo debajo de la piel,  
no sé si aquél o ésa, oh **mademoiselle**  
Isabel, canta en él o si él en ésa.

Princesa de mi infancia: tú, princesa  
promesa, con dos senos de clavel;  
yo, **le livre, le crayon, le... le...**, oh Isabel  
Isabel..., tu jardín tiembla en la mesa.

De noche, te alisabas los cabellos,  
yo me dormía, meditando en ellos  
y en tu cuerpo de rosa: mariposa

rosa y blanca, velada con un velo.  
Volada para siempre de mi rosa  
—**mademoiselle** Isabel— y de mi cielo.

## MIRA

Detrás del mirabel de tu vestido,  
linealmente apuntando a los claveles,  
íntimas silban y a la vez crueles,  
dos finas balas de marfil erguido.

Herida seda, silencioso ruido  
alrededorizando curvas mieles,  
al ras del mirabel, tiros donceles  
detienen con un palio sostenido.

No sin temblor, sí con vaivén de vela  
alada, insigne sollozante:  
brial latido de tirante tela.

Línea movida, elipse vacilante.  
Intimo sismo, mirabel que ve la  
alta delicia del marfil silbante.

## VENUS

Así, disimulante en istmo y luna  
iluminada, casi de oro y nieve;  
entredormida y desmayando, leve,  
los dedos bellos entre otra y una

columna unidas, sin asir ninguna  
(tal, una mano a capitel se atreve),  
así Giorgione te soñó... Si mueve  
el pincel, es que peina o es que acuna.

Istmo divino, delicada isla,  
Isis, oasis de disueltos oros,  
sable de seda que se evade, aísla.

Y, al fondo, en un fingido paraíso,  
si mudas frondas, cielo y luz canoros  
que con los ojos, suavemente, aliso.



## BRISA SUMIDA

Esa tierra con luz es cielo mío.  
Alba de Dios, estremecidamente  
subirá por mi sangre. Y un relente  
de llama, me dará tu escalofrío.

Puente de dos columnas, y yo río.  
Tú, río derrumbado, y yo su puente  
abrazando, cercando su corriente  
de luz, de amor, de sangre en desvarío

Ahora, brisa en la brisa. Seda suave.  
Ahora, puerta plegada, frágil llave.  
Muro de luz. Leve, sellado, ileso.

Luego, fronda de Dios y sima mía.  
Ahora. Luego. Por tanto. Sí, por eso  
deseada y sin sombra todavía.

## MUSICA TUYA

¿Es verdad que te gusta verte hundida  
en el mar de la música; dejarte  
llevar por esas alas; abismarte  
en esa luz tan honda y escondida?

Música celestial, dame tu vida,  
que ella es la esencia y el clamor del arte;  
herida estás de Dios de parte a parte,  
y yo quiero escuchar sólo esa herida.

Mares, alas, intensas luces libres,  
sonarán en mi alma cuando vibres,  
ciega de amor, tañida entre mis brazos.

Y yo sabré la música ardorosa  
de unas alas de Dios, de una luz rosa,  
de un mar total con olas como abrazos.

## «...Tántalo en fugitiva fuente de oro.»

«...Tántalo en fugitiva fuente de oro.»  
F. de Quevedo

Cuerpo de la mujer, río de oro  
donde, hundidos los brazos, recibimos  
un relámpago azul, unos racimos  
de luz rasgada en un frondor de oro.

Cuerpo de la mujer o mar de oro  
donde, amando las manos, no sabemos,  
si los senos son olas, si son remos  
los brazos, si son alas solas de oro...

Cuerpo de la mujer, fuente de llanto  
donde, después de tanta luz, de tanto  
tacto sutil, de Tántalo es la pena.

Suena la soledad de Dios. Sentimos  
la soledad de dos. Y una cadena  
que no suena, ancla en Dios almas y limos.

## UN RELÁMPAGO APENAS

Besas como si fueses a comerme.  
Besas besos de mar, a dentelladas.  
Las manos en mis sienes y abismadas  
nuestras miradas. Yo, sin lucha, inerme,

me declaro vencido, si vencerme  
es ver en ti mis manos maniatadas.  
Besas besos de Dios. A bocanadas  
bebes mi vida. Sorbes. Sin dolerme,

tiras de mi raíz, subes mi muerte  
a flor de labio. Y luego, mimadora,  
la brizas y la rozas con tu beso.

Oh Dios, oh Dios, oh Dios, si para verte  
bastara un beso, un beso que se llora  
después, porque ¡oh, por qué! no basta eso.

## CIEGAMENTE

Porque quiero tu cuerpo ciegamente.  
Porque deseo tu belleza plena.  
Porque busco ese horror, esa cadena  
mortal, que arrastra inconsolablemente.

Inconsolablemente. Diente a diente,  
voy bebiendo tu amor, tu noche llena.  
Diente a diente, Señor, y vena a vena  
vas sorbiendo mi muerte. Lentamente.

Porque quiero tu cuerpo y lo persigo  
a través de la sangre y de la nada.  
Porque busco tu noche toda entera.

Porque quiero morir, vivir contigo  
esta horrible tristeza enamorada  
que abrazarás, oh Dios, cuando yo muera.

## **SUMIDA SED**

Cuando te vi, oh cuerpo en flor desnudo,  
creí ya verle a Dios en carne viva.  
No sé qué luz, de dentro, de quién, iba  
naciendo, iba envolviendo tu desnudo

amoroso, oh aire, oh mar desnudo.  
Una brisa vibrante, fugitiva,  
ibas fluyendo, un agua compasiva,  
tierna, tomada entre un frondor desnudo.

Te veía, sentía y te bebía,  
solo, sediento, con palpar de ciego,  
hambriento, sí, ¿de quién?, de Dios sería.

Hambre mortal de Dios, hambriento hasta  
la saciedad, bebiendo sed, y, luego,  
sintiendo, ¡por qué, oh Dios!, que eso no basta.

## **SOMBRAS LE AVISARON**

Cada beso que doy, como un zarpazo  
en el vacío, es carne olfateada

de Dios, hambre de Dios, sed abrasada  
en la trenzada hoguera de un abrazo.

Me pego a ti, me tiendo en tu regazo  
como un náufrago atroz que gime y nada,  
trago trozos de mar y agua rosada:  
senos las olas son, suave el bandazo.

Se te quiebran los ojos y la vida.  
Lloras sangre de Dios por una herida  
que hace nacer, para el amor, la muerte.

Y es inútil soñar que nos unimos.  
Es locura creer que pueda verte,  
oh Dios, abriendo, entre la sombra, limos.

## NI ÉL NI TÚ

A martillazos de cristal, el pecho  
espera que el dolor le alumbre un llanto  
de música esperanza. Y mientras tanto,  
silbo en silencio, contemplando el techo.

Sábanas son el mar, navío el lecho,  
sedas hinchadas a favor de espanto,  
y para qué cambiar: si me levanto  
surco la misma sed que si me echo.

Silba en silencio. Sin salir de casa,  
silba a los cuatro vientos del olvido,  
a ver si vuelve Dios. A ver qué pasa.

Qué va a pasar. Silencio a martillazos.  
Un navío en el mar, y otro perdido  
que iba y venía al puerto de mis brazos.

## OTRA HISTORIA DE NIÑOS PARA HOMBRES

Vivía en aquella ciudad un jarroncito de porcelana que se llamaba Olivia. Como tenía los pechitos a medio crecer, olía a jacinto y a tequieromucho juntamente. Iba al mismo colegio que yo, así que nos hicimos novios. ¿Dije que se llamaba Olivia? Se llamaba Mariví, y sus pechitos olían a rosas de pitiminí. Yo me llamaba igual que ahora, pero mi nombre no había crecido tanto en la fama, y mi muchachita podía pronunciarlo sin ponerse de puntillas. Que yo la vi.

Siempre era abril o estaba a punto de serlo. Yo la esperaba a la salida de clase, solía vestir una blusilla de seda, no sé, y se cogía los cabellos azules con un lazo encendido, alrededor del cual, sin caerse, corrían mis ojos. ¿Dije que se llamaba Mariví? Sí, así se llamaba, viento y mar y vi... En llegando junto a mí, le decía: — Tequieromucho, pitiminí. Nos íbamos a un jardín grande, que estaba subiendo por aquella calle, a mano derecha según se subiera y a la izquierda según se bajara. Jugábamos a prendas, por ejemplo, pero siempre había el peligro de que a ella le tocase mi mano en el tequieromucho y se lo rompiese. Sin querer, pero que se le rompiese. ¿He dicho que tenía los cabellos azules? Eran azules hasta la raíz, casi celestes (el cielo, encima, no era más sutil). Sentadita como una silla de muñecas, cantaba aquello de **La niña que está en la bamba...**, por hacerme rabiarse; pero en seguida íbamos a lo nuestro, dejándonos de coplas. ¿Dije que se llamaba jarroncito de porcelana?

Vivía en aquella ciudad donde perdí a mi padre y a mi hermano José Ramón, no sé cómo decirlo, dan ganas de acabar de una vez.

## LA MONSE

¿Te acuerdas, dime, de aquella pulserita, económica y todo, que te regalé al borde del río una mañana de azul maravilloso?

(La Monse se entretenía tejiendo y destejiendo flores amarillas, algo más allá, en el aulagar, y no veía el tejemaneje que nos traíamos los dos.)

Silbaba la brisa entre tus labios y los míos, y los besos se iban por el aire, separados por un breve espacio de suspiros...

(La Monse seguía con sus flores amarillas, aulagándose cada vez más, cada vez más, hasta perderse de vista...)

Dijiste: «Dentro del vestido tiembla un ramo de oro, desnudo».

(Huido, se oía el rebullir del río, ese ruido exquisito del agua entre los guijos...)

Vino la Monse, y se sentó a tus pies. (Traía todas las aulagas del mundo en los brazos.)

Dije: «Amante, ¿quién te manda tener una hermana pequeña? ¿No te bastaba con la pulserita...?»

## LÁMINAS

Me estás haciendo llorar con tu recuerdo.  
Me sube hasta los ojos,  
duda, vacila, y cae  
como una infanta de la almena al foso.

Porque recuerdo que tenías diecisiete años,  
y todos de oro.  
Y los pechitos te temblaban  
como las hojas del chopo.

Y las sandalias que te ponías en la primavera,  
pececitos rojos.  
Y la cinta de  
tu combinación, en corro.

Me estás hiriendo con unas alas tan frágiles.  
¿Quién ha roto la brisa,  
esta seda del aire, en el recuerdo,  
quién la deshila?

Porque pregunto, y nadie me responde,  
por una cosa que fue mía,  
y estoy arrancando días y noches  
de mi vida,

para que no me hagan llorar más  
unas láminas amarillas  
en las que tú, una mañana de primavera,  
apareciste, con las sandalias de niña.

## **Venid a ver las rosas sin cadenas, etc.**

Venid a ver las rosas sin cadenas, etc.  
G. D.

Niñas de trece años en camisa,  
niñas de nata  
servida con su fresa y su sonrisa,  
niñas  
en bata,  
enseñando los pies y los pechines,  
proyectos,  
esquemas de otros dos y otros jardines  
más altos, más erectos.

Piñas  
en azúcar, almibaradas niñas  
ñoñas,  
yemitas tiernas,  
botón de primavera, botoncito  
jugando a ser ojal entre las piernas.



Qué bonito  
hacéis en la alameda,  
niñas, insinuando el pechito  
tras el corpiño de seda.

## EN UN CHARCO

No vengas ahora. (No vengas ahora,  
aunque es de noche.)

Huye.

Hay días malos, días que crecen  
en un charco de lágrimas.

Escóndete en tu cuarto y cierra la puerta y haz un nudo en la llave,  
y mírate desnuda en el espejo, como  
en un charco de lágrimas.

A la orilla del mar me persigue tu boca  
y retumban tus pechos y tus muslos me mojan las manos,  
en un charco de lágrimas.

Me acuerdo que una vez me mordiste los ojos.  
Se te llenó la boca de pus y hiel; pisabas  
en un charco de lágrimas.

Despréciame. Imagíname convertido en una rata gris,  
sucia, babeante, con las tripas esparcidas  
en un charco de lágrimas.

## (UN MOMENTO ESTOY CONTIGO

Esta página suelta, giratoria,  
aleando en el aire lentamente,  
lenta-  
mente,  
hoja de un ángel que bajó a ser olmo  
alto, alto, y lo abajó el otoño  
oro a oro; esta página  
es tuya, ya ni intenta sostenerse  
y, línea a línea, extiéndose a tus plantas.

Hojas y plantas, ¿ves?, al fin se juntan.

Estoy contigo, todavía más  
que pierna y pierna en su primera etapa,  
sí, todavía más, en tu entrepétalo.  
Estoy contigo como humedecido  
de cielo rosa si lo auroras tú.  
Sí, sí, si quieres tú, lo escribo,  
beso a beso, en el verso y en la boca  
del clavel, con la rúbrica del labio.

Labio con labio, ¿ves?, esto es un beso.

¿Ves cómo el mar se viste y se desviste  
ante tu vista? Así, isla mía, verte.  
Entrar desde la orilla, hollarte, hundirme  
hasta ahogarme en tu mar, marbella viva.  
Mar bella. Ola a ola. Todavía  
no. No. NO. La noche está hecha polvo  
de estrellas y de estrellas y de estrellas.

Ellas esplenden, ¿ves?, sobre Marbella.)

## TU REINO ES DE ESTE MUNDO

Hoy el dolor, adelantando el paso,  
nos cogió por la espalda y, poco a poco,  
apuñaló en el pecho la esperanza  
y encizañó la luz ante los ojos.

Horrible como un mar en sangre viva  
es el dolor ardiéndonos furioso,  
arándonos por dentro con las uñas,  
precipitado sobre el hombre a plomo.

Hace rezar..., no necesito a nadie  
que me ayude a sufrir. Me basto y sobro  
para arrastrar mi cruz crujiendo, aupándola  
con los puños... Mujer, dame tu hombro.

Dame tu hombro. Mendicantemente,  
entro en tu brisa, masticando polvo.  
Vuelve tus ojos hacia mí. Ya sabes,  
esos tus ojos misericordiosos.

### DIJE

Dije: Mi soledad es como un árbol  
alto, de oro y de dolor, tan puro  
que apenas puede sostenerse en aire,  
ay, si un aire le hollase allá en lo último...

Dijiste: Trenza tu dolor al mío,  
como una larga cabellera en júbilo:  
hunde tus sueños en mi sangre; inclina  
tu sed de Dios. Mi reino es de este mundo

Dije: Mujer, mi mal no tiene origen;

sufro, no sé por qué. De esto hace mucho...  
Apenas puedo con mis pies, si un hilo,  
ay, si un hilo me asiese así, de súbito.

Tú, pensativamente: El tiempo es plata  
de amor, entre mis brazos y los tuyos.  
Abre tu soledad. Deja que el llanto  
suceda y suene como un llanto músico.

Dije: Como las rosas, has sabido  
como las rosas asomarte al muro  
de mi dolor. Tan rosamente, el aire,  
ay, el aire rozó jamás el mundo...

## TARDE ES, AMOR

Volví la frente: estabas. Estuviste  
esperándome siempre.  
Detrás de una palabra  
maravillosa, **siempre**.

Abres y cierras, suave, el cielo.  
Como esperándote, amanece.  
Cedes la luz, mueves la brisa  
de los atardeceres.

Volví la vida; vi que estabas  
tejiendo, destejiendo siempre.  
Silenciosa, tejiendo  
**(tarde es, Amor, ya tarde y peligroso)**  
y destejiendo nieve...

## PARÁBOLAS Y DEZIRES

### AMANECIDA

Las cinco  
y veinticinco.

Senos de niña  
llaman a misa

### PARÁBOLA DE LA FILOSOFÍA

Cadáver de la Verdad.  
Cárcava, urna.

(Yo la quiero en una caja  
de música.)

### PARÁBOLA...

(1)

No abráis el Evangelio.  
La verdad está dentro.

### ...PARA VOLAR MUY ALTO

(2)

Entra en ti mismo.  
(Récord de altura: la ascensión de Cristo.)

Bate la marca:  
¡Desciende a lo más hondo de tu alma!

### PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

Puso la pluma sobre el viento: apenas  
la puso, el viento se fugó con ella.

Pasaron, insomnes,  
ángeles viadores y arcángeles aviadores.

La tierra, como un perro sin amo,  
ladraba al cielo, y le lamía el brazo.

### **PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO**

Torna, por la comida, el hijo pródigo.

### **PARÁBOLA EN FORMA DE CRUZ**

Dunia, terrible vengadora mía:  
¡mira tu cuerpo, como un as de espadas,  
hundido hasta la cruz en mi agonía!

### **PARÁBOLA...**

«...que arrojada en digna curva  
va a caer por sí misma  
en profesión de entraña verdadera.»  
(C. V.)

Morir: caer en tierra.

La ley más grave  
es, claro está, la ley de gravedad.

### **TAJAMAR**

Morir: hender la sombra.  
¡Proal del alma, tajamar sin roda!

### **DETRÁS**

Detrás de la nada, ¿no hay nadie?

...Quién pudiese levantarle el ala a un ángel...

## **TIERRA**

¡Bah!, ¡bah! Batallan Dios y el hombre en balde.  
La muerte: tierra de nadie.

## **DEZIR**

...el hombre es inmortal mientras vive  
R.

Algo es algo.

Y, a caballo regalado  
no se le mira el dentado.

## **EL INSURRECTO**

¡Ah,  
si se pudiese nacer  
mil veces,  
igual  
que nos mueren  
a traición!...

## **COMO HOMBRES**

Si no os hicieréis como niños,  
no entraréis en el cielo de los reinos:  
la tierra.

## YA ES TARDE

Dos meses no son mucho  
tiempo, tocan a cuatro y sobran dos  
meses, no son mucho,  
me parece, pero menos da una piedra,  
un perpendicular pie sobre el suelo  
da menos que una mano mutilada,  
dos meses no son mucho ni dan nada,  
pero menos da yos y está en el cielo.

Propongo que te sientes. Todavía  
te va a pesar haber nacido,  
haber mamado, haber venido  
a tiempo, que ya es tarde todo el día.  
Dos meses no son mucho  
tiempo, tocan a fuego y yo me ducho  
delante de Inesita y de María.  
Menos da yos y está en el cielo uniformado,  
de forma que dos meses no son mucho.

(Las noches son para dormir,  
y el día para descansar,  
que no somos de hierro!)

Dos meses no son mucho  
tiempo, tienes de sobra para hablarme  
de la muerte, del juicio,  
de la muela que acabo de sacarme,  
del vicio de la virtud, de la virtud del vicio,  
del juicio de la muela,  
y la muela del juicio.

Habla. Te escucho.  
Dos meses no son mucho, por lo menos  
sesenta días siendo días buenos,  
y si son de otra clase,  
sesenta noches pase lo que pase.

Que no somos de hierro.



## ESE SUSURRO RÁPIDO

No  
importa que se rompa. No lloréis  
por mí, llorad por vosotras mismas.

...Suavemente, las niñas abren sus piernas  
al borde de la acera y orinan suavemente.  
Yo escucho, al pasar, un dulcísimo susurro  
y contemplo, algunas veces, cómo desciende temblando...

Me gustan las niñas una barbaridad.  
Su manera de decir «mamá, quiero mear».  
Me recuerda los años invisibles  
atravesados por un arroyo de cintas y colores.

Ahora que está lloviendo, yo bien quisiera, niñas  
del mundo entero, veros orinar todas juntas,  
formando una fila infinita de templados surtidores  
fluyendo del corazón de todas las niñas que orinan en la calle.

## ATESTADO

¿Estamos todos? ¿O es que falta el cura?  
Pues vamos a empezar discretamente.  
Teníamos cada uno una pistola, cada uno la única,  
y calibrábamos entre todos 365 milímetros.  
Entonces fue cuando se infló la túnica.  
Cada cual procuró defenderse como pudo.  
Nunca una nuca  
se cotizó tan alto, unos talones nunca  
cupieron en un pie como aquel día.  
Distracción absoluta-  
mente inútil, sobre todo si se piensa.

Pero «pensar es una cosa absurda».  
No estamos hechos para pegar carteles,  
aunque Descartes, claro, quién lo duda.

Volviendo a lo de entonces.  
(¿Todavía no ha venido el cura?)  
Cuatrocientos cadáveres, menos uno que se perdió,  
dieron su vida por acabar pronto. Cada uno la única  
que le quedaba para siempre acaso.

Oue pase el señor cura.  
No, no, ése otro que está ahí escondido  
detrás de una bula.

## LO FEO

Nada hay más antiestético que dos sapos desnudos  
ni nada más valiente ni libre que los días  
el pie de los toreros los pesados escudos  
y el cumplimiento exacto de algunas profecías

Nada hay más horroroso que amarse por debajo  
ni nada más completo que un surtidor caliente  
un ángel que se aplica silencioso al trabajo  
y un fabuloso cine lleno de amor y gente

Nada hay más detestable que el té de los amigos  
ni nada más dichoso señores que las hojas  
el aire que las briza los soñolientos trigos  
y acaso acaso las amapolas rojas

Nada hay tan vergonzante tan lleno de tristeza  
como un jardín cerrado después de los ponientes  
en cada puerta un hombre cuando el amor empieza  
a hacer precisas ciertas medidas deprimentes

En cambio las estrellas son blancas como un libro  
y fuertes los muchachos que van a los talleres  
málaga bella máлага y sin embargo libro  
una batalla pálida de sueños y mujeres

El sol el as de oros lo feo me horroriza  
como si fuese un ángel de pantalones cortos  
desnudas las muñecas y los ojos de tiza  
extrayendo raíces de todos los abortos

## Y EL VERSO SE HIZO HOMBRE

1

Ando buscando un verso que supiese  
parar a un hombre en medio de la calle,  
un verso en pie —ahí está el detalle—  
que hasta diese la mano y escupiese.

Poetas: perseguid al verso ese,  
asídlo bien, blandidlo, y que restalle  
a ras del hombre —arado, y hoz, y dalle—,  
caiga quien caiga, ¡ahé!, pese a quien pese.

Somos la escoria, el carnaval del viento,  
el terraplén ridículo, y el culo  
al aire y la camisa en movimiento.

Ando buscando un verso que se siente  
en medio de los hombres. Y tan chulo,  
que mire a Tachia descaradamente.

y 2

Hablo de lo que he visto: de la tabla  
y el vaso; del varón y sus dos muertes;

escribo a gritos, digo cosas fuertes  
y se entera hasta dios. Así se habla.

Venid a ver mi verso por la calle.  
Mi voz en cueros bajo la canícula.  
Poetas ¡tentempié, gente ridícula.  
¡Atrás, esa bambolla! ¡Que se calle!

Hablo como en la cárcel: descarando  
la lengua, con las manos en bocina:  
«¡Tachia! ¡qué dices! ¡cómo! ¡dónde! ¡cuándo!»

Escribo como escupo. Contra el suelo  
(oh esos poetas cursis, con sordina,  
hijos de sus papás) y contra el hielo.

## PREFACIO

Escribo con el cuello llameante  
y cuelgo de los labios las parábolas,  
para que vean que me explico en sangre  
y silabeo de verdad, en plata.

Átomo en torno a no sé qué, integrándose  
en soles vivos, es decir en masas,  
secreta fluye, en soledad, la frase  
y se dirige al hombre y se le embraza.

Alzad la voz, alzada muy suavemente:  
me encontraréis debajo, en alma  
y cuerpo. Y por mi voz toman el aire  
alas halando hacia la luz, airadas.

## CANTO PRIMERO

Definitivamente, cantaré para el hombre.  
Algún día —**después**—, alguna noche,  
me oirán. Hoy van —vamos— sin rumbo,  
sordos de sed, famélicos de oscuro.

Yo os traigo un alba, hermanos. Surto un agua,  
eterna no, parada ante la casa.

Salid a ver. Venid, bebed. Dejadme  
que os unja de agua y luz, bajo la carne.

De golpe, han muerto veintitrés millones  
de cuerpos. Sobre Dios saltan de golpe  
—sorda, sola trinchera de la muerte—  
con el alma en la mano, entre los dientes

el ansia. Sin saber por qué, mataban;  
muerte son, sólo muerte. Entre alambradas  
de infinito, sin sangre. Son hermanos  
nuestro. Vengadlos, sin piedad, vengadlos!

Solo está el hombre. ¿Es esto lo que os hace  
gemir? Oh si supieseis que es bastante.  
Si supieseis bastaros, ensamblaros.  
Si supierais ser hombres, sólo humanos.

¿Os da miedo, verdad? Sé que es más cómodo  
esperar que Otro —¿quién?— cualquiera, Otro,  
os ayude a ser. Soy. Luego es bastante  
ser, si procuro ser quien soy. ¡Quién sabe

si hay más! En cambio, hay menos: sois sentinas  
de hipocresía. ¡Oh, sed, salid al día!  
No sigáis siendo bestias disfrazadas  
de ansia de Dios. Con ser hombres os basta.

## **QUE CADA UNO APORTE LO QUE SEPA**

Acontece querer a una persona,  
a un sapito, por favor, no lo piséis,  
también a un continente como Europa,  
continuamente  
hendido, herido a quemarropa,

y, simultáneamente, a voz en grito,  
otras palabras nos estorban,  
tales como «armisticio», «teatro»,  
«suspensión de hostilidades», «todo era una broma», y otras.

Pero la gente  
lo cree así, y cuelga colgaduras  
y echa por la ventana banderas y una alfombra,  
como si fuera verdad,  
como (se suele decir) si tal cosa...

Ocurre, lo he visto con mis propios medios.  
Durante veinte años la brisa iba viento en popa,  
y se volvieron a ver sombreros de primavera  
y parecía que iba a volar la rosa.

En 1939 llamaron a misa a los pobres hombres.  
Se desinflaron unas cuantas bombas  
y por la noche hubo fuegos japoneses en la bahía.  
Estábamos —otra vez— en otra.

Después oí hablar en la habitación de al lado.  
(Una mujer desgañitada, loca.)  
Lo demás, lo aprendisteis directamente.  
Sabíamos de sobra.

## **CRECIDA**

Con la sangre hasta la cintura, algunas veces  
con la sangre hasta el borde de la boca,  
voy  
avanzando  
lentamente, con la sangre hasta el borde de los labios  
algunas veces,  
voy

avanzando sobre este viejo suelo, sobre  
la tierra hundida en sangre,  
voy  
avanzando lentamente, hundiendo los brazos  
en sangre,  
algunas  
veces tragando sangre,  
voy sobre Europa  
como en la proa de un barco desmantelado  
que hace sangre,  
voy  
mirando, algunas veces,  
al cielo  
bajo,  
que refleja  
la luz de la sangre roja derramada,  
avanzo  
muy  
penosamente, hundidos los brazos en espesa  
sangre,  
es  
como una esperma roja represada,  
mis pies  
pisan sangre de hombres vivos  
muertos,  
cortados de repente, heridos súbitos,  
niños  
con el pequeño corazón volcado, voy  
sumido en sangre  
salida,  
algunas veces  
sube hasta los ojos y no me deja ver,  
no  
veo más que sangre,  
siempre  
sangre,  
sobre Europa no hay más que  
sangre.

Traigo una rosa en sangre entre las manos



ensangrentadas. Porque es que no hay más  
que sangre,

y una horrorosa sed  
dando gritos en medio de la sangre.

## HIJOS DE LA TIERRA

Parece como si el mundo caminase de espaldas  
hacia la noche enorme de los acantilados.  
Que un hombre, a hombros del miedo, trepase por las faldas  
hirsutas de la muerte, con los ojos cerrados.

Europa, amontonada sobre España, en escombros;  
sin norte, Norteamérica, cayéndose hacia arriba;  
recién nacida, Rusia, sangrándole los hombros;  
Oriente, dando tumbos; y el resto, a la deriva.

Parece como si el mundo me mirase a los ojos,  
que quisiera decirme no sé qué, de rodillas;  
alza al cielo las manos, me da a oler sus manojos  
de muertos, entre gritos y un trepidar de astillas.

El mar, puesto de pie,  
le pega en la garganta con un látigo verde;  
le descantilla; de  
repente, echando espuma por la boca, le muerde.

Parece como si el mundo se acabase, se hundiera.  
Parece como si Dios, con los ojos abiertos,  
a los hijos del hombre los ojos les comiera.  
(No le bastan —parece— los ojos de los muertos.)

Europa, a hombros de España, hambrienta y sola;  
los Estados de América, saliéndose de madre;

la bandera de Rusia, oh sedal de ola en ola;  
Asia, la inmensa flecha que el futuro taladre.

¡Alzad al cielo el vientre, oh hijos de la tierra;  
salid por esas calles dando gritos de espanto!  
Los veintitrés millones de muertos en la guerra  
se agolpan ante un cielo cerrado a cal y canto.

## MUNDO

Cuando San Agustín escribía sus **Soliloquios**.  
Cuando el último soldado alemán se desmoronaba de asco y de impotencia.  
Cuando las guerras púnicas  
y las mujeres abofeteadas en el descansillo de una escalera,  
entonces,

cuando San Agustín escribía **La Ciudad de Dios** con una mano  
y con la otra tomaba notas a fin de combatir las herejías,  
precisamente entonces,  
cuando ser prisionero de guerra no significaba la muerte, sino la casualidad  
de encontrarse vivo,

cuando las pérfidas mujeres inviolables se dedicaban a reparar las  
constelaciones deterioradas,  
y los encendedores automáticos desfallecían de póstuma ternura,

entonces, ya lo he dicho,

San Agustín andaba corrigiendo las pruebas de su **Enchiridion ad  
Laurentium**  
y los soldados alemanes se orinaban encima de los niños recién  
bombardeados.

Triste, triste es el mundo,  
como una muchacha huérfana de padre a quien los salteadores de abrazos  
sujetan contra un muro.

Muchas veces hemos pretendido que la soledad de los hombres se llenase de

lágrimas.

Muchas veces, infinitas veces hemos dejado de dar la mano  
y no hemos conseguido otra cosa que unas cuantas arenillas pertinazmente  
intercaladas entre los dientes.

Oh si San Agustín se hubiese enterado de que la diplomacia europea  
andaba comprometida con artistas de **variétés** de muy dudosa reputación,  
y que el ejército norteamericano acostumbraba recibir paquetes donde la más  
ligera falta de ortografía  
era aclamada como venturoso presagio de la libertad de los pueblos  
oprimidos por el endoluminismo.

Voy a llorar de tanta pierna rota  
y de tanto cansancio que se advierte en los poetas menores de dieciocho  
años.

Nunca se ha conocido un desastre igual.  
Hasta las Hermanas de la Caridad hablan de crisis  
y se escriben gruesos volúmenes sobre la decadencia del jabón de afeitar  
entre los esquimales.

Decid adonde vamos a parar con tanta angustia  
y tanto dolor de padres desconocidos entre sí.

Cuando San Agustín se entere de que los teléfonos automáticos han dejado  
de funcionar  
y de que las tarifas contra incendios se han ocultado tímidamente en la  
cabellera de las muchachitas rubias,  
ah entonces, cuando San Agustín lo sepa todo  
un gran rayo descenderá sobre la tierra y en un abrir y cerrar de ojos nos  
volveremos todos idiotas.

## PLAÑID ASÍ

Están multiplicando las niñas en alta voz,

yo por ti, tú por mí, los dos  
por los que ya no pueden ni con el alma,  
cantan las niñas en alta voz  
a ver si consiguen que de una vez las oiga Dios.

Yo por ti, tú por mí, todos  
por una tierra en paz y una patria mejor.  
Las niñas de las escuelas públicas ponen el grito en el cielo,  
pero parece que el cielo no quiere nada con los pobres,  
no lo puedo creer. Debe de haber algún error  
en el multiplicando o en el multiplicador.

Las que tengan trenzas, que se las suelten,  
las que traigan braguitas, que se las bajen rápidamente,  
y las que no tengan otra cosa que un pequeño caracol,  
que lo saquen al sol,  
y todas a la vez entonen en alta voz  
yo por ti, tú por mí, los dos  
por todos los que sufren en la tierra despachurrando el contador.

## **A EUGENIO DE NORA**

Hay una rabia dentro de los ojos,  
una rabia de Dios y de los hombres,  
y de ti mismo y de mí mismo. Nada  
es comparable a un mar que ya se rompe.

Que ya no puede más. Pero nosotros  
insistimos, entramos por la noche  
no con las manos, no, tendidas, nunca:  
gritando a voces y llamando a golpes.

¡A fuerza de querer que se despierten,  
palios de luz, penumbra de rincones,  
todo, lo desgarramos, no queremos

limosna: manos no, garras insomnes!

Amigo mío, mi cansancio es bello.  
Se parece a ese ruido de los bosques.  
Cualquier día sabrás que me he callado,  
como hice ayer, para inventar más nombres.

Tú y yo, cogidos de la muerte, alegres,  
vamos subiendo por las mismas flores:  
un manto rojo, en pleamar, el tuyo;  
un manto verde, como el mar, el monte.

Apóyate. Ay. Apoyémonos.  
No te importe ser mástil. Que se ahonde  
más, y que, hendiendo por el fondo, falte  
arriba poco para hender los soles.

## **PUERTAS CERRADAS**

A R. A.  
Pleamar, 1944

¿No son ángeles ya, no voladores,  
ni tampoco relámpagos suspensos,  
son errantes espumas, desfloradas  
flores que, abiertas, vengador de flores,  
un viento viene y giran desaladas,  
como ayer, en la tierra que era cielo,  
al vuelo y levantadas  
a las hermosas de la luz vio en ramo;

no son ángeles ya, sino quemadas  
carnes, trizas del alma, tramo a tramo  
ardidas, consumidas,  
como, siendo mortales,  
arde, consume Dios y quema vidas?

¿Sólo siguen, reales,  
rabiando y sin poder desorientarse,  
los cuatro puntos vivos cardinales,  
cuatro estrellas y un mar tan marinero  
éste o éste, dejadme, el que yo quiero  
es el sur, que, si cuatro, miro iguales?

Las aguas maternas.  
Blanco y azul, si carmen, pescadores  
de carmines ponientes enredados.  
Las manos, redes, y los peces, flores  
submarinas. Los peces de colores.

Un marinero en tierra.

Y un golpe, no de mar, sino de guerra,  
que destierra los ángeles mejores.

## AQUÉL

Láminas de mis labios, álveos vivos  
y silenciosos óleos del beso,  
oscuro silo de la sed, cosidos  
a la palabra sombra y al silencio.

Lengua de agua en cauce ciego, frío  
cielo del paladar, y ceniciento  
tono de voz; garganta hacia el abismo

del corazón o gárgola en el viento.

Tierra del hombre. Bravo y solo sitio  
de un dios descamisadamente ibérico.  
Aquí, la tierra arrastra broncos ríos  
oscuramente verdes, casi negros.

Gota de sangre. Gran clamor de líquidos  
kilómetros de hombre por el suelo.  
¡Salud a los difuntos imprevistos!  
¡Honor a los retratos de los muertos!

## 15 DE DICIEMBRE 1950

Puesto que tú me tiendes una mano cortada  
y debo corresponder con mi guante, ante todo  
te diré: Yo sé mucho de desmanes. No es nada...  
Deja que Dios te astille las ansias hasta el codo.

Cada vez me parece la muerte  
más fácil, más sencilla.  
Consiste sólo en tenderte  
—uña y carne de Dios— como una astilla.

Amigo mío, mi gran Gabriel Celaya  
(a veces, Juan de Leceta, dicen):  
¡Qué tristeza que no haya  
un sol tan excelente como dicen!

Las cosas como son: no sé si hay  
sol, o si no hay más que pedir...  
De todos modos, ay!,  
dime tú con qué boca... (Es un decir.)

Propongo que lo pienses

seriamente. Te tengo por un hombre  
verdadero. (Hombre, a propósito, los atenienses  
ya le dieron a Diógenes tu nombre.)

Bien es verdad que dentro de la almohada  
anda un ratón divinamente terco.  
Tal vez así, royendo nuestra nada,  
se oye a Dios tras el cerco

de los sueños... Gabriel Celaya, enciende  
la luz. Dame la mano. Toma  
el guante. Adiós... (Te digo a dios, pero comprende  
que lo digo al tun-tun, como de broma.)

## **TABLA RASA**

Posteriormente, entramos en la Nada.  
Y sopla Dios, de pronto, y nos termina.  
Aquí, la Tierra fue. Aquí, la grada  
del mar. Aquí, la larga serpentina

de los planetas. Ved. La Nada en pleno.  
No preguntéis. Estaban. Se aventaron.  
Tema del viento: se evadió de lleno.  
Tema del hombre: nada, lo olvidaron.

¿Oyes, Irenka? Trance de abanico.  
Destino como pluma apenas blanca.  
Miles de estrellas por el suelo. Pico  
de senos, sin piedad el Cuervo arranca.

Aquí. Jamás. El Cuervo. Aquí. La Nada.  
Dame la mano. Mira al cielo. Suelta  
esa lágrima recién desenterrada.  
Remos del sueño. Río azul, sin delta.



Por fin, finge la muerte un alba hermosa.  
Yo sé. Silencio. Sopla. Se termina.  
(Aquí el poeta se volvió a la rosa:  
mas no la miréis más, se difumina.)

Posteriormente. Irenka, Irenka. El caso  
es grave. Vamos, sopla esta pelusa  
de la muerte, este hilo del fracaso;  
esa alga, esa nada, esa medusa...

¿Sientes? La sangre sale al sol. Lagarto  
rojo. Divina juventud. Tesoro vivo.  
¿Te apartas? Oh Rubén. Me aparto.  
Besas y lloras. ¿Ves? Yo beso, lloro.

Es el final, el fin. La apocalipsis.  
«Al principio creó Dios cielo y tierra.»  
Posteriormente... Construiré una elipsis:  
omitiré «dolor» y «muerte» y «guerra».

Aquí, la sangre abel corrió a montones.  
Aquí, Jesús cayó de cara al suelo.  
¿Sangre, decís? ¡Oh, sangre a borbotones,  
a todo trance, hasta tocar el cielo!

Pasa. La sangre, pasa. Boca arriba.  
Como los muertos. Como todo. Pasa.  
(Aquí el poeta, blanco, sin saliva,  
se vio perdido. Muerto. Y, tabla rasa.)

## CANCIÓN

Tú, incólume.

Tus quince años, torre de esbeltas, ágiles **aiguilles**:  
alrededor, la noche.

Tú, incólume.

Mecida por una brisa que viene del centro de tu corazón (va y viene):  
alrededor, la noche.

Tú, incólume.

Escogida entre muchas (así un cabello en las púas de un peine):  
alrededor, la noche.

Alrededor, la noche.

En la ruleta del cielo ruedan, giran los astros (vertiginosamente):

Tú, incólume.

## **PASO A PASO**

Tachia, los hombres sufren. No tenemos  
ni un pedazo de paz con que aplacarles;  
roto casi el navío y ya sin remos...  
¿Qué podemos hacer, qué luz alzarles?

Larga es la noche, Tachia. Oscura y larga  
como mis brazos hacia el cielo. Lenta  
como la luna desde el mar. Amarga  
como el amor; yo llevo bien la cuenta.

Tiempo de soledad es éste. Suena  
en Europa el tambor de proa a popa.  
Ponte la muerte por los hombros. Ven. A-  
lejémonos de Europa.

Pobre, mi pobre Tachia. No tenemos  
una brizna de luz para los hombres.  
Brama el odio, van rotos rumbo y remos...  
No quedan de los muertos ni los nombres.

Oh, no olvidamos, no podrá el olvido  
vencer sus ojos contra el cielo abiertos.  
Larga es la noche, Tachia. ...Escucha el ruido  
del alba abriéndose paso —a paso— entre los muertos.

## **AREN EN PAZ**

Pensé poner mi corazón, con una cinta  
morada, encima de la montaña más alta del mundo,  
para que, al levantar la frente al cielo, los hombres  
viesen su dolor hecho carne, humanado.

Pensé mutilarme ambas manos, desmantelarme  
yo mismo mis dos manos, y asentarlas  
sobre la losa de una casa en ruinas:  
así orarían por los desolados.

Después, como un cadáver puesto en pie  
de guerra, clamaría por los campos  
la paz del hombre, el hambre de Dios vivo,  
la represada sed de libertad.

Noches y días suben a mis labios  
—ellos, en són de sol; ellas, de blanco—,  
detrás acude la esperanza con  
una cinta amarilla entre las manos.

Miradme bien, y ved que estoy dispuesto  
para la muerte. Queden estos hombres.

Asume el sol. Desnazca sobre el mundo  
la noche. Echadme tierra. Arad en paz.

## VIRANTE

No me resigno. Y sigo y sigo. Y si  
caigo, gozosamente en pie, prosigo  
y sigo. Si queréis seguirme,  
ahincad el paso y escuchad el mío.

Eché la noche por la borda. Al borde  
del vértigo, viré y cambié de sitio.  
Hoy hilo, hilo a hilo, la esperanza  
a ojos cerrados, sin perder el hilo.

Allá voy voceando paz (a pasos  
agigantados, avanzando a brincos  
incontenibles). Si queréis seguirme,  
esta es mi mano y ése es el camino.

## CONMIGO VA

### DIGO VIVIR

Porque vivir se ha puesto al rojo vivo.  
(Siempre la sangre, oh Dios, fue colorada.)  
Digo vivir, vivir como si nada  
hubiese de quedar de lo que escribo.

Porque escribir es viento fugitivo,  
y publicar, columna arrinconada.  
Digo vivir, vivir a pulso; airada-  
mente morir, citar desde el estribo.

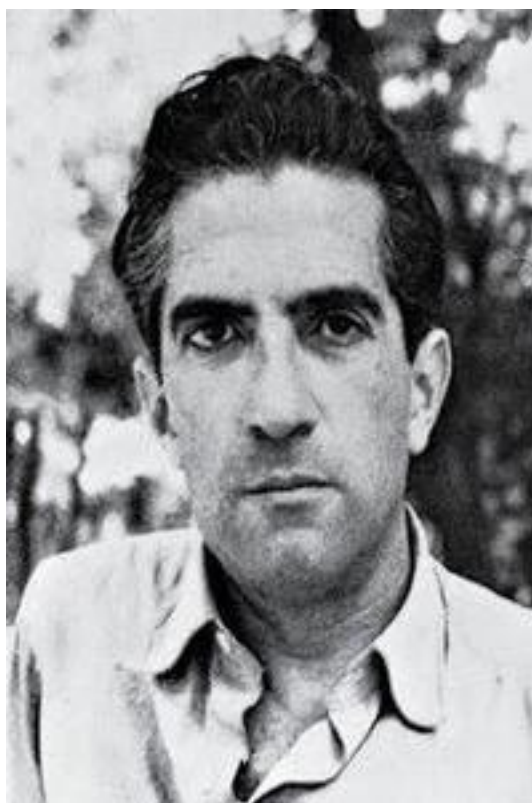
Vuelvo a la vida con mi muerte al hombro,  
abominando cuanto he escrito: escombros  
del hombre aquel que fui cuando callaba.

Ahora vuelvo a mi ser, torno a mi obra  
más inmortal: aquella fiesta brava  
del vivir y el morir. Lo demás sobra.

## CONMIGO VA

Cinco años  
y una noche  
anduve fuera  
de mí. Vuelvo

a mi ser,  
doy  
un paso atrás  
(tres  
adelante).  
Anduve  
viendo,  
yendo  
y viniendo.  
Oh tierra  
de todos.  
Vuelvo  
a mi sitio,  
doy  
un paso atrás  
para ver  
mejor.  
Oh inmensa  
soledad.  
Sálvame.  
Háblame, escúchame, oh inmensa  
mayoría.



Blas de Otero Muñoz fue un poeta español nacido en Bilbao el 15 de marzo de 1916 y fallecido el 29 de junio de 1979 en Majadahonda, Madrid. Estudió en un colegio jesuita y se trasladó a Valladolid para matricularse en Derecho, si bien no terminó allí la carrera, sino en Zaragoza. Posteriormente se matriculó en Madrid en Filosofía y Letras, pero no llegó a licenciarse. Si bien inició su carrera poética con una poesía marcada por sus creencias religiosas, una crisis depresiva lo llevó a adoptar un tono más pesimista y existencialista. Esta época de desarraigo finalmente se transformó en una poesía de encuentro conforme iba concienciándose cada vez más a nivel social, con una oposición cada vez más clara al franquismo, que censuraba parte de su poesía. Probablemente su mejor obra sea *Ancia*, de 1958 (tomado de sus otras obras *Ángel fieramente humano* y *Redoble de conciencia*), obra que obtuvo el Premio de la Crítica de 1958 y el Premio Fasternrath en 1961. En 1964 se casó con la cubana Yolanda Pino, con quien convivió en La Habana durante tres años. Se divorció en 1967 y regresó a Madrid, donde reanudó relaciones con Sabina de la Cruz, que se mantuvo a su lado hasta la muerte del escritor.

# Notas



[1]En prensa este libro, me envía el propio Otero la siguiente nota biográfica: «Nació en Bilbao, 1916. Infancia en Madrid y Bilbao. Jesuitas. Bachillerato en Madrid. Carrera de Derecho, que no ha ejercido. Filosofía y Letras, que abandonó. Actualmente se dedica a la enseñanza.» Casi al mismo tiempo recibo el número 11 de los «Mensajes de Poesía», que dirige en Vigo Eduardo Moreiras; contiene todo él poesía de Otero (cuatro de estos poemas no figuraban en los libros anteriores) y una nota biográfica que añade algún pormenor a la que he transcrito. <<

[2]No he visto nunca «Cántico espiritual», San Sebastián, 1942. En la misma solapa de donde tomo esta noticia se anuncia como inédito el libro «Complemento directo» (1947-1950).<<

[3]Me refiero al segundo y tercero de los publicados por el autor. Ya he dicho que no conozco el primero.<<

[4]Nótese cómo ahora la materia se mantiene en los límites de cada verso: contraste con el traqueteo encabalgado de los cuartetos. Cada uno de estos versos del primer terceto tiene su drama interior: esa bilateralidad que parece de pregunta y respuesta: alzo la mano, abro los ojos, tengo sed; me la cercenas, me los sajas, tus arenas se vuelven sal. Estúdiese rítmicamente todo el soneto; quiero decir, en la correspondencia del ritmo interior (o de significado) con el exterior (o de significante). Es increíble cómo la intuición selecciona realces aun en lo que parece mínimo. Obsérvese:

sed-----, sal-----  
-----hombre : horror-----

<<

[5]Comp. San Juan de la Cruz, «Cántico espiritual», estrofas 35-38 (ms. Sanlúcar).<<

[6]Recuérdese el bellissimo soneto de Lope: «Yo vi sobre dos piedras plateadas», que comenté ligeramente en la «Revista de Filología Española», XXXIII, 1949, págs. 117-118.<<

[7]Tendría que señalar, por lo menos, cómo en Otero la ligazón entre los versos sucesivos (en la forma especial que en otro sitio he llamado encabalgamiento áspero), produce un entrecortamiento, un desequilibrio brutal, una angustia de la palabra que se corresponde con la desolación de la terrible noche de búsqueda tras el amor, tras Dios, que es esta poesía. Otros temas inmediatos serían el estudio del léxico a que nos inducía ya la voz «liento», es decir, la introducción en determinados momentos (muy pocos) de un léxico especial; la afición a algunas palabras (por ejemplo: *llambrías*), a las que el poeta carga de un particular significado poético. Habría que estudiar la imagen y sus inversiones («Puente de dos columnas, y yo río. —Tú, río derrumbado, y yo su puente»). Y, muy importante, las reiteraciones y variaciones expresivas (por ejemplo: «qué sé yo qué», «no sé con qué», «qué sé yo dónde», etcétera; en el poema «Igual que vosotros», *Ángel*, 33). <<